

El ministro de Marina quiere que se construya un submarino. Nosotros afirmamos que un submarino no lo necesita para nada el país, y que lo que se precisa son escuelas, muchas escuelas.

Cuarta época. - Núm. 60

Administración y Redacción:
Carranza, 20. - Madrid

Madrid, 27 de agosto de 1932

Precio: 15 céntimos

RENOVACION

ÓRGANO DE LA FEDERACIÓN DE JUVENTUDES SOCIALISTAS DE ESPAÑA

La Escuela Socialista de Verano



NUESTRA POSICIÓN

Hasta el momento presente, la Federación de Juventudes Socialistas de España no ha querido emitir juicio alguno sobre los pasados sucesos por haberse interpretado fielmente su pensamiento en la nota dada por el Partido Socialista.

Pero cuando por diversas entidades se fijan posiciones y anhelos en relación con posibles sentencias, nosotros hemos creído un deber hacer constar que, sin confiar demasiado en la justicia burguesa, consideramos que no es éste el momento oportuno para que por nadie quiera pedirse un fallo, mucho menos cuando por alguno de ellos se quiere que no tenga reparación posible.

Fieles a nuestros postulados socialistas, somos enemigos de la pena de muerte. Porque la consideramos inútil y que no resuelve nada. Creemos que el mejor camino para acabar con posibles nuevas intenciones es dar satisfacción al pueblo en sus ansias revolucionarias. Algo se hace con el proyecto presentado a discusión en el Parlamento; pero creemos que hay que continuar hasta lograr que las leyes, todas, tengan realidad en la práctica. Los viejos caciques que continúan practicando los mismos procedimientos de la época monárquica son los más firmes baluartes de la reacción. Hay que ir contra ellos. Quitándoles su potencia económica, y haciendo justicia con los labriegos, amantes de la democracia aun en los medios difíciles en que viven, se habrá formado una conciencia republicana contra la cual no podrán nada las locas fantasías de quienes aún piensan en glorias pasadas a costa de la miseria del pueblo.

LA COMISION EJECUTIVA

Un antiguo deseo

Mañana comenzará a funcionar la Escuela Socialista de Verano. Con ello los jóvenes vemos satisfecha una antigua aspiración. Hace tiempo que deseábamos congregarnos durante varios días en Madrid, o en sus alrededores, en vida común de campaña, a los jóvenes socialistas españoles y a los militantes de las organizaciones obreras. Había que llegar a comunicar los sentimientos de todos, y sólo se podía lograr aprovechando unas vacaciones y reuniéndonos. El campamento de El Pardo ha de ser un crisol donde se fundan esperanzas para nuestro movimiento. Nosotros conocemos el alcance pedagógico del intento. Vamos a crear, por si no lo estaban ya, unas preocupaciones comunes a los alumnos de toda España que vengan a la Escuela. Sólo esto representa una labor socialista de grandes proporciones. Y luego de esto, con el concurso de los camaradas del Partido que han de aleccionarnos, estamos seguros de que la capacidad y la cultura de los que asistirán saldrán notablemente fortalecidas.

No hacemos, con la Escuela de Verano, otra cosa que seguir la ruta marcada por la Internacional juvenil. En Francia, en Bélgica, en Alemania, en otros muchos países europeos, estas Escuelas llevan funcionando varios años con éxito creciente. Tienen ya mayor alcance que la nuestra. La de Bélgica puede decirse que es una Escuela de Estudios Superiores Socialistas, no para los militantes belgas, sino para todos los de la Internacional. En sus cursos se reúnen camaradas de todos los países, de todas las lenguas. Claro que Bélgica es la sede de la Internacional Socialista. Vamos a la zaga, pero alentados por el noble impulso de avanzar en poco tiempo lo que el retraso político de nuestro país impidió que hiciéramos antes. Porque hasta ahora no hemos tenido realmente tiempo de entregarnos a la educación socialista de nuestros militantes. Había que acabar antes con los obstáculos políticos tradicionales que acogotaban las libertades públicas. En esa labor hemos venido empeñados. Y es en estos instantes cuando, libres de la pesadilla dictatorial, podemos lanzar una ojeada interior a nuestra organización, para pensar en perfeccionarla. Para lanzarnos a una labor de interna reconstrucción, de afinamiento de nuestras facultades. De verdadera educación socialista.

El intento de este año no va a ser el crisol definitivo de la Escuela de Verano de la Federación de Juventudes. Va a ser un ensayo. Los setenta u ochenta alumnos que hay inscritos son los iniciadores de una obra que queremos alcance proporciones colosales. Son setenta u ochenta, de toda España, que van a irradiar en sus respectivos puntos las enseñanzas de la Escuela. Y que van a ser los mejores propagandistas en sucesivos años. Tenemos fundadas esperanzas de que esos alumnos, que este año no llegan al centenar, pasarán de varios en el próximo. Con ese deseo iniciamos esto. Que la Escuela de Verano que comienza mañana sea sólo una promesa de lo que puede ser en años sucesivos, con el apoyo de todos, es lo que ansia RENOVACION.

Creemos la Escuela de Verano para preparar a los jóvenes socialistas doctrinal y prácticamente con el deseo de hacer de ellos verdaderos revolucionarios y no demagogos sin consistencia que se venden al mejor postor.



REGLAMENTO INTERIOR

Todos los alumnos que asistan a la Escuela Socialista de Verano se comprometen a respetar las siguientes bases de convivencia en el campamento establecido por la misma:

- 1.ª Durante los días que dure el curso ningún alumno abandonará el campamento, salvo en casos muy excepcionales y con el permiso del director.
- 2.ª Habrán de atenderse al horario señalado previamente por el Comité directivo para cada una de las actividades a desarrollar.
- 3.ª Para la realización de aquellos servicios que se precise llevar a cabo, todos los compañeros están obligados a prestar ayuda en la forma que por el director de la Escuela se determine.
- 4.ª Será preciso respetar el programa de trabajo confeccionado por la Ejecutiva de la Federación.
- 5.ª Entre todos los asistentes se practicará el respeto mutuo y las normas del compañerismo.
- 6.ª Caso de que sucediera alguna anomalía la sancionará debidamente el director de la Escuela, y en último caso, el Consejo, que tienen amplias facultades otorgadas por la Comisión ejecutiva de la Federación de Juventudes.

PROGRAMA DIARIO DE LABOR

Los alumnos se levantarán a las siete de la mañana; desayunarán a las ocho; asistirán a la primera lección a las nueve y media; el baño a las once; el almuerzo a la una; la segunda lección a las seis de la tarde; a las ocho la cena; la tercera lección a las diez, y a las once, el descanso.

El Sr. Balbontín, frutero consorte y demagogo de profesión, ha ido a Sevilla cuatro días después de sofocada la militarada monárquica. ¿A qué? ¡Como no fuera a beberse unos chatos!...

Suramérica

Suramérica está atravesando una honda crisis, cuya solución es imposible prever. Cada día el teléfono nos trae la noticia de una nueva convulsión, de un nuevo cataclismo político. Bolivia y Paraguay se hallan en guerra, discutiendo sobre intereses imperialistas, sobre la posesión de una zona territorial, ante la sonrisa benévola de Norteamérica, que acecha la ocasión de abrir brecha profunda en la integridad de ambos países. Es una historia triste que dos pueblos riñan en esas condiciones. Y ligada a esa historia va otra, la de que Rodrigo Soriano, a juzgar por sus escritos, ha arrendado su pluma a Bolivia para denostar al Paraguay, como en otro tiempo la arrendó a Alemania para combatir a los aliados. Reflejemos de pasada el hecho, que ni es extraño ni abriga importancia alguna. Sigamos con Suramérica. Mientras Paraguay y Bolivia guerrean, en el Brasil tiene efecto una violenta lucha civil de los partidarios de la democracia y de los que aún sueñan con las mieles de la dictadura personal. Pugna que es, por ahora, aventurado predecir su fin, porque en estas luchas influyen decisivamente las circunstancias anteriores. En igual o parecida situación se halla el Perú, donde a estas horas no se sabe si Haya de la Torre, el enemigo de Sánchez del Cerro, detentador del Poder, ha sido fusilado. No digamos nada de Chile. Allí, un movimiento avanzado, sin base ni ambiente, ha provocado una reacción contrarrevolucionaria que favorece a las Empresas capitalistas, en vez de expropiarlas. El mismo Méjico, a pesar de su progreso, se debate en luchas políticoreligiosas que, sin poner en peligro la vida del régimen, la obstaculizan. Quizá una de las naciones suramericanas más serenas es la Argentina, y, a pesar de eso, se producen allí violentas colisiones, y las disputas políticas adquieren tintes de suma gravedad. Hace pocos días se ha descubierto un complot irigoyenista. Y no son los argentinos quienes están más alejados de una posible participación en el conflicto boliviano-paraguayo.

Si vamos a buscar los orígenes de estas convulsiones, de la crisis angustiosa que atraviesa Suramérica, no podremos dejarnos en la situación interior de cada país. No hay en las circunstancias políticas internas motivos suficientes a justificar tan grave situación. Hay que ir a buscar los orígenes al norte del continente americano, a los Estados Unidos. Este país, con su enorme flota, con su extensión y su fuerte economía, gravita pesadamente sobre los demás. Todos los países suramericanos son saqueados de él, viven alrededor de él. Norteamérica tiene estrangulada la vida de todos esos pueblos suramericanos, y el endemoniado monoísmo, la odiosa política imperialista, provoca estas graves situaciones, cuyo fin es imposible prever. Lo que si podemos decir es que el problema más importante de Suramérica es libertarse del monoísmo. A los que se extrañan de que allá exista muy poco Socialismo decidle que esos países tienen que salvar primero un problema nacionalista. Y hasta que así no ocurra absorberán la atención del proletariado de esos países problemas de esa clase, que excluirán las preocupaciones socialistas. Hoy suramérica tiene un enemigo terrible: el monoísmo.





FANTOCHES DE GUÍÑOL

PARASITOS

Con lamentable obstinación se ha dado en llamar «parásitos» a los magnates de la sangre azul que han intervenido en la divertida intona monárquica celebrada a principios de este mes para regocijo de niños y personas mayores. Condes, duques, marqueses y demás, por eso de que les afecta la insignificante expropiación de sus bienes raíces, son tratados despectivamente por la prensa en general con el apelativo de «parásitos».

«Esa plaga de parásitos», dice un diario. «El parasitismo nobilita...», dice otro. En vista de ello, poseídos grandemente por la indignación, nos encontramos en la necesidad ineludible en esta casa, y yo, Diógenes, sobre todo, de reivindicar la sufrida clase de los parásitos verdaderos — pulgas, chinches, piojillos de perro y hasta ladillas —, atósigada y llena de fango por esta rápida familia, que sin ver su calidad de guardarrropa, se ha llegado hasta ellos por mor de la prensa, infectándoles de borbonismo y sangre azul.

En verdad, ¿qué tendrá que ver la sufrida y democrática chinche, aposentada en las alcobas, con el duque de Medinaceli, vulgar el ejemplo? Demasiada labor tiene el animalillo con succionar durante la noche, y en horas extraordinarias, la sangre del durmiente y corretear por las paredes y varillas de colchón «asomniando», a riesgo de morir — detenida en flagrante delito — bajo el feroz ímpetu de una zapatilla diestramente esgrimida. Y no que ahora le vengan con familiares nuevos y demás regularios, que ni sienten la democracia como ella la siente ni en su vida se han visto descansando en las junturas de una cama de madera. ¡Sobre el colchón de miraguano, cuando menos! ¿Es lógico esto? ¿Y qué diremos de la pulga, saltimbanqui de los dípteros, que gana el pan honradamente con el sudor de su trompa y sus tentáculos? ¿Cuándo el duque del Infantado ha dado más salto que del estribo de su coche al suelo? No hablemos, porque no hace falta, ya que la desproporción salta a la vista, de las ladillas. ¿Toda la sangre azul ha sido perseguida con la obstinación que estos sufridos obreros de la epidermis? Centenares de productos farmacéuticos para extirparlos y, sin embargo, ningún producto social — hasta ahora, porque se ha calentado el horno — para extirpar la nobleza carcomida. Con estas desproporciones materiales y espirituales, que saltan a la vista, de ningún modo puede consentirse que la nobleza expropiada, ya sin título, porque la República está completamente atufada de democracia, y sin posesiones inmuebles, quiera inmiscuirse en el campo de los parásitos, donde aún hay clases.

El Gobierno de la República no se ha dado cuenta de esto, y menos aún la prensa que con lamentable inconsciencia ha prestado vitalidad a la denominación. Diógenes, francamente indignado, se lanza hoy a la palestra en defensa de los verdaderos, de los auténticos, de los contrastados parásitos; de los parásitos de dieciocho quilates, en contra de todo este parasitismo de oropel. Búsquese otro nombre si se quiere. Ictiosaurios o mastodontes, que son animales prehistóricos, incapaces hoy de protestar y aun de existir. Alfonsoides o Borbonianos, o lo que se quiera; menos parásitos, ¡voto a...! Porque la sufrida clase de los parásitos bastante tiene que sufrir con los insecticidas y el agua hirviendo, para que así como así, de golpe y porrazo, la República les endose esta familia de indeseables, completamente arruinados, que lo primero que harán será preparar cualquier conspiración donde las pulgas gobiernen sobre los piojos, o viceversa, con proclamas y fajines, y generales de los que en África, durante tantos años, cumplieron cual caballeros de su alcurnia y su blasón.

DIOGENES

¿Hacia dónde va el mundo?

Se puede asegurar, sin temor alguno, que después de la guerra europea el mundo ha sufrido un desquiciamiento total.

Basta solamente dar un vistazo a las diferentes naciones, para darse cuenta absoluta del desmoronamiento que han sufrido algunas de ellas. Y la causa principal es la economía. Si; la economía capitalista, que ha llegado a su máximo desarrollo con el mínimo acierto en conducirla.

La guerra europea hizo gastar a las partes beligerantes que intervinieron en ella su economía, acumulada y guardada. Las naciones que eran ricas estaban orgullosas de su riqueza y poderío. No es que fueran solamente las naciones las orgullosas, sino sus Gobiernos imperialistas y su alta burguesía demagógica e intranigente. Y al estallar esta guerra, repudiada por Jaurès, con sus cuatro años de duración deshizo la economía de los que en ella intervinieron, conduciéndoles a la más honda miseria y desesperación.

Francia, que fué la que, según los pactos bélicos, ganó la guerra, quedó tan maltrecha como Alemania, que la perdió. Mientras tenían que enviar al frente a las juventudes obreras, que eran las que producían en fábricas y talleres, éstos no podían estar tan perfectamente regentados como cuando había paz. La guerra arrancaba de las industrias y del campo a los obreros para conducirlos al «glorioso» matadero.

Por fuerza, la economía tenía que sufrir un desgaste total; los caudales acumulados por la burguesía tuvieron que salir de sus arcas para comprar armas, proyectiles y municiones a las naciones que permanecieron neutrales como nosotros. Y después de las intervenciones de Inglaterra y de los Estados Unidos, que con el grito patriótico de salvar a la democrática Francia y hundir a la imperialista Alemania, que no fué más que la ambición de quedarse con los despojos de ambas y hacerles firmar tratados convencionales, etcétera, porque veían que si triunfaba Alemania desaparecería la hegemonía de ellas en el dominio de las aguas.

¿Qué resultado tuvo la guerra? No se puede negar que ayudó a la implantación de la mayoría de las Repúblicas en Europa; pero el verdadero resultado fué el pauperismo en el mundo, la desesperación y la miseria extendidas por el globo. No hay nada más que mirar a las naciones en general, por el papel que juega en ellas la economía.

Alemania, ocho millones de parados; Francia, tres; Inglaterra, cin-

co; Estados Unidos, doce, sin contar las Repúblicas centro y suramericanas, en que la gente se está muriendo de hambre por las calles.

El capitalismo intranigente, antes de que fluctuén sus precios, consistente en perder las mercancías. Los casos de Estados Unidos y Brasil. El primero, que antes de abaratar el trigo consiente en quemarlo o en arrojarlo al mar, habiendo millones de niños, mujeres y hombres que se están muriendo de hambre en todo el mundo. Y el segundo, que tiene que tirar el café al mar porque no hay nadie que lo compre, mientras que en Alemania y otros muchos países tienen que beber café de algarrobas y otras imitaciones industriales. Esto, para un cerebro equilibrado y normal, a primera vista, parece imposible esta intranigencia burguesa; pero así es. Esto, en el terreno económico.

Pasemos al político. Demos otro vistazo a las naciones. Míremos a Francia, que después de la guerra tuvo que refugiarse en brazos de Clemenceau y de Poincaré, que la gobernaron lo más reaccionariamente posible. Y ahora, la presión de las izquierdas y de los socialistas, con Blum al frente, derroca el Gobierno

reaccionario de Tardieu. Pero suben los radicales, con Herriot; pues aunque empleen normas más democráticas, no dejan de representar a la burguesía francesa, y el capitalismo, como siempre, se muestra cerril e intranigente.

No hablemos de Italia. El «duce» Mussolini, para imponer su rufianesca dictadura, tiene que matar a una de las glorias del Socialismo italiano: Matteotti. Como los burgueses franceses, para que se hiciera la guerra tuvieron que asesinar alevosamente a Jaurès, en Italia, para implantar la dictadura fascista, la burguesía tuvo que asesinar a un hombre que representaba a la democracia de su país, y que quizás hubiese impedido la dictadura, como Jaurès la guerra. ¿Existe, quizá, algún paralelo entre Jaurès y Matteotti?

Pasemos a Alemania, centro de ebullición y de congoja internacionales. La traición de Hindenburg a la democracia alemana, que confió en él. Hoy los destinos de Alemania giran alrededor de Hitler, el dictadorzuelo fascista. La gente que sigue a Hitler no es más que la antigua burguesía, que sólo piensa en una restauración imperialista. El káiser dice que abandonó el trono, pero que no renunció a él; lo cual significa algo.

Hitler, el jefe del nacionalismo alemán, quiere implantar la dictadura más demagógica e intolerable que concebirse pueda. En el período electoral sus milicias de rufianes asesinan cobardemente a los representantes de los partidos socialista y comunista, pues haciendo desaparecer a las figuras más representativas de estos partidos creen que se desanimarán sus electores y que sus votos serán para ellos; incendian Redacciones de periódicos socialistas, etc. Esto en el período electoral. ¿Qué no harán cuando gobiernen?

Del triunfo o de la caída de Hitler depende la tranquilidad de Europa. Consta en el programa de Gobierno de los fascistas alemanes pedir la revancha a Francia. ¿Es que la democracia europea podría tolerar esta iniquidad? Que transijan Francia, Inglaterra y Estados Unidos para perdonar las deudas de guerra a Alemania; pero una nueva guerra, ¡eso jamás! ¿Guerra a la guerra! Aún están demasiado palpitantes estas horribles escenas guerreras en nuestras mentes para secundar las ansias de poderío de una infima minoría.

Del choque guerrero, de estas dos potencias vendría el conflicto internacional. ¿Fascismo o Socialismo? Si triunfaba el primero, el retroceso sería de unos cuantos años, quizá demasiados; pero si triunfaba el segundo, el avance impulsivo del Socialismo arrojaría a estos mesías que quieren ser los conductores de masas, pero que están íntimamente ligados con las altas burguesías del mundo.

Y ahora, hechos estos bocetos esquemáticos, me pregunto: ¿Hacia dónde va el mundo? Si la economía capitalista internacional está ligada a la política internacional también, y esta política es de normas demagógicas y fascistas, la economía será nula, la desesperación y el pauperismo se apoderarán de la gente que sufre, padece y aguenta, y luego que la burguesía no se horrorice y maldiga que si en Rusia los proletarios cometieron tantos crímenes, matando a las mujeres y a los niños de los ricos. No creemos que esto pudiera llegar, pero nadie puede leer el porvenir.

Además, la burguesía tiene en sus manos la solución. Que transija y reconozca que no hay clases, que todos somos iguales y que todos hemos venido al mundo por el mismo conducto. Que no hay privilegios ni privilegiados, más que los de la inteligencia.

El triunfo del Socialismo es inminente. Puede tardar más o menos; pero ¿qué es para la Historia un siglo más o menos? Nada, absolutamente nada.

Pero el Socialismo vive, se siente crecer y se apoderará de las riendas del gobierno del mundo para borrar con sus brazos abiertos de paz y amor estos siglos que hemos pasado de esclavizaje, barbarie e iniquidad.

E. BENDICHO ALVAREZ



Los Jóvenes socialistas que tomaron parte en la excursión a Valencia, acompañados de Amparo Mellá.

En el pensar de los días

INJUSTICIAS

Dadme un puñado de injusticias y haré un corazón fuerte. El escritor se va a referir aquí a unos casos de los que pueden deducirse reflexivas y filosóficas consecuencias. En un pueblo de la provincia de Avila—Navalperal de Pinare—, hace meses, los elementos católicos, sin permiso ni competencia de autoridades, se lanzaron a la calle en procesión entusiasta. El alcalde es camarada socialista. El juez es camarada socialista. La mayoría municipal también comulga en nuestro ideario. Pues bien; pese a todo, la procesión se celebró. Quiso el alcalde impedirlo, y fué golpeado. Quiso el juez hacer valer su autoridad, y fué insultado. La procesión se celebró. Como es natural, la protesta por los hechos acaecidos fué cursada inmediatamente. Hay que velar por el prestigio de la justicia, porque la justicia es la ley y la juridicidad, señora de letras grandes que tal alcurnia y blasón está alcanzando en el Parlamento. La procesión se había celebrado, y un alcalde, autoridad máxima, tenía como resumen de su actuación, en el rostro, señales de unas femininas—lo vió el escritor—. Juridicidad. Ley que se cumple. Autoridad que se menoscaba. Organismos oficiales y oficiosos que se encargan de ello. Resultado: si mañana quisiera celebrarse otra procesión, ¿por qué no? Han pasado tantos meses, que nadie se acuerda de aquella protesta traspapelada entre los legajos polvorientos que se dan al olvido.

En la misma provincia, ¿para qué irnos más lejos?... Un camarada que insulta, por considerarse suficientemente irritado en su hombría, al alcalde pedáneo, representación de lo que ha dado en llamarse «la caverna». El alcalde que se insulsa de autoridad. El camarada que lisa y llanamente, con rapidez—modelo de urgencia—, ocupa un lugar en la cárcel.

Sociedad obrera que, después de fatigosas entrevistas de patronos y obreros, de cesiones de hambre para reducir al mínimo los jornales, acuerda unas bases de trabajo. Entusiasmo, asistencia de Jurados mixtos. Juridicidad. Legalidad. Tablas de la ley. Con todo esto los patronos se atemorizan. «Cumpliremos, cumpliremos», dicen... y, claro es, fieles a su palabra, no cumplen. Los obreros persisten trabajando de sol a sol, con soldadas máximas de dos pesetas y cincuenta céntimos. La misma provincia hemos dicho. Pueblo, San Juan de la Encinilla.

Dadme un puñado de injusticias y haré un corazón fuerte. Todos estos camaradas, que tan mal se ven, que tan abandonados se encuentran, pertenecen a Sociedades obreras y comulgan en el marxismo. Ninguno ha desfallecido por un momento, ninguno ha pensado desertar. Y la angustia oprime sus corazones con todo ese peso que hemos sentido muchas veces cuando embarga una pena. Esa bola pesada que gustáramos que se deshiciese en lágrimas y hiel. La angustia de verse en abandono y de ir perdiendo esperanzas florecidas poco a poco, marchitas por el viento de las adversidades. Mucho hay de esto. Ahora más que nunca. Y el escritor ha pensado: Dadme un puñado de injusticias y haré un corazón fuerte. Porque el que sabe conocer la injusticia conoce también la entereza para devolverla el día de mañana. El escritor solamente quiere dar con esto—tan insignificante, tan poquita cosa—un aliento a los compañeros que sufren. No puede ser más porque nada más es él. Acaso si lo fuera... Al Partido le sostienen y le alientan estos fuertes corazones a prueba de injusticias, que son su alma y su raigambre hondas. La claudicación de estos fuertes sería la agonía del Partido. Y censuras, a nadie. ¿Para qué? Todos debemos ver y todos debemos comprender. Y ayudar. Por eso, estos renglones no quieren ir dirigidos a nadie.

S. SERRANO PONCELA

PARA el Sr. Bergamín (no olvidemos que es constitucionalista), Sanjurjo es un angelito y lo de Sevilla un pasatiempo sin más trascendencia que la que la opinión quiera darle.

Estos constitucionalistas están resultando unos maestros del humorismo y de... Pero ¡más vale callar!

REPLICA

LA DISOLUCIÓN DE LAS CONSTITUYENTES

A pesar de estar en la estación del año que por su naturaleza sufrimos excesivamente las molestias del calor, al menos en la capital de España, los ánimos se han acalorado con exceso en torno de si deben o no ser disueltas las Constituyentes.

Aquel empeño, como su fogosidad, rápidamente, de la noche a la mañana, desapareció; por lo menos así nos lo hicieron ver las derechas de ¡orden!, incluso alguno de izquierda (Lerroux).

Ahora bien; la desaparición del tema, bien real o aparentemente, planteó dos interrogantes: ¿Puede achacarse tal desaparición a que nadie que goza de un poco de sentido común les hizo caso, continuando, por tanto, en la labor de colaboración con las Cortes constituyentes para dotar a España de unas normas jurídicas con que pueda desenvolverse sus actividades? O, por el contrario, ¿se desentendieron de este problema, manifestando a los «cuatro vientos» que las Cortes debían completar su labor de afianzamiento de la República, y, a tal efecto, tenían necesidad de hacer una labor jurídica para transformar absolutamente todos los principios básicos del viejo régimen?

No importa que las derechas griten, se desesperen pidiendo la disolución, incluso jueguen a las revoluciones; lo que sí importa, por lo menos a nosotros, como jóvenes y como socialistas, es la actitud que algunos compañeros afiliados a nuestro Partido puedan adoptar referente a este problema.

Se han dicho, y se recuerdan, en un artículo del camarada Sánchez-Rivera, publicado en el diario nocturno madrileño *Heraldo de Madrid*, palabras que en el año 1815, hace ciento diecisiete años, dijo el príncipe Benavente: «La cualidad más típica de los grandes gobernantes es prever los acontecimientos y adelantarse a ellos. Cuando ese don falta, podéis asegurar que hay más que la aparición del hombre de Estado en quien de él carezca.»

Agregando por su parte el autor del artículo:

«Todos los políticos mediocres desearían siempre esta máxima, que debería grabarse en los frontispicios de los Parlamentos. Y la olvidaron sobre todo en la elección de la fecha en que

debieron abandonar el Poder con dignidad.»

Después presenta como caso típico el del dictador, para agregar, entre otras cosas, que «ahora incurren en error semejante algunos personajes de la actual situación política refiriéndose a la probable vida de las Cortes constituyentes». «No; no se puede incurrir en tamaños errores, que pueden costar caros a la República.»

Estas dos manifestaciones son, a mi modo de ver, un ataque contra los acuerdos del Congreso del Partido; en una palabra: un acto de indisciplina.

Y es un acto de indisciplina de mucho más relieve en un miembro del Partido que acudió al Congreso de éste, e incluso firmó ponencias de tanta importancia como «Programa que el Partido había de llevar a los Constituyentes», en el que se fijaba de una manera clara la labor que la minoría parlamentaria debía emprender.

Y sabe muy bien Sánchez-Rivera, porque asistió al Congreso, que se elaboró un dictamen que firmaban Redondo, Besteiro, Araquistáin, Sánchez Banús y Teodomiro Menéndez, al que se presentó un voto particular de Bruno Alonso, en el que se decía: «No debe aconsejarse la retirada de los ministros socialistas, sino aceptar su continuación hasta que queden cumplidos los compromisos.»

Y no solamente esto; la misma enmienda de Prieto y Abadía, en la que se decía que «constituía obligación fundamental para el Partido Socialista Obrero Español defender la República y contribuir, por todos los medios, a la consolidación definitiva de ésta».

Mientras entiende que «debieron ser disueltas tan pronto se aprobó la Constitución», yo creo que unas Cortes procedentes de una revolución política no hubieran cumplido con su deber al disolverse una vez aprobada la Constitución.

En el Comité revolucionario se contrajeron compromisos; pero aunque esto no se hubiese hecho, tenía la obligación de dotar de una legislación que se aproximase lo más posible a la justicia. Pretender aprobar solamente la Constitución... ¿Y la vida de los campesinos? ¿Y la reparación de la injusticia que suponía tener abando-

nados a los obreros parados, sin ninguna ley que se preocupara de su actuación? Etc., etc.

Admitiendo, naturalmente a la fuerza, la continuación del período constituyente, entiendo que sólo deben aprobarse cinco leyes complementarias: Reforma agraria, Estatuto de Cataluña, ley Electoral, ley orgánica del Tribunal de Garantías y ley de Orden público.

Parece mentira que el camarada Sánchez-Rivera se haya olvidado del dictamen que firmó, el que en su inciso c) dice: «Impulsar las leyes hacia la participación de los Sindicatos obreros en los órganos directivos de las Empresas.» Cuando de esto depende la vida más o menos próspera, la capacitación de los trabajadores en la marcha de las industrias, el conocimiento absoluto de los puntos principales de la producción, se le olvida, consciente o inconscientemente, señalar que debe ser otra de las leyes complementarias el control sindical de las Empresas, y considerada de suma importancia.

¿Duración? ¿Desgaste? Es preciso que duren el tiempo necesario para estructurar jurídicamente a España, en los principios que la Constitución sientan.

Leoncio PEREZ

Los trabajadores y la militarada

Han hablado mucho estos días los diarios del comportamiento leal para con el régimen de elementos militares y armados con motivo de los pasados sucesos monárquizantes. Incluso se han hecho homenajes a estos mismos elementos, cuya actuación, se dice, ha sido decisiva en la estabilidad del régimen. Nosotros hemos visto con la natural simpatía el comportamiento de los citados elementos. Al fin y al cabo somos españoles y hemos contribuido al triunfo de un régimen de libertad y justicia. No nos hemos opuesto, por lo tanto, ni nos oponemos a que se elogie su actuación e incluso a que sean recompensados. Ahora bien: como socialistas, como trabajadores, tenemos que hacer unas ligeras consideraciones.

Todo el mundo reconoce que si España se ve ahora gobernada por un régimen democrático se debe principalmente a la clase trabajadora, sin cuyo esfuerzo, sin cuyo sacrificio leal y desinteresado no se habría hecho nada. El proletariado español se puso desde el primer momento al lado de la República con decisión inquebrantable, para defenderla contra los ataques de todos sus enemigos. Y en el caso concreto de la sublevación monárquica hizo lo mismo. Se habla mucho de los elementos militares, de su comportamiento y lealtad; pero a nadie — excepto nuestra prensa, claro está — se le ha ocurrido resaltar el comportamiento de la clase trabajadora. Proceder más digno de admiración y elogio que ningún otro. Porque el ejército y los cuerpos armados no han hecho, al fin y al cabo, nada más que cumplir con su deber. ¿Habría estado bueno que se colocaran frente al régimen como lo han hecho cuatro insensatos en Sevilla! Ellos tenían esa obligación moral, a más de respetar la promesa hecha. Pero las clases trabajadoras, que pasan hambre por la causa republicana al perseguirles los caciques; que están convencidas de que la República no es más que una modalidad más democrática del régimen burgués que la monarquía, ¿qué obligación tenían de defenderla? Y, sin embargo, los proletarios españoles se han lanzado a la calle, fervidos de entusiasmo, a defender la República. ¡Con qué emoción hemos leído centenares de telegramas, redactados por mentes proletarias, en los que se coincidía en estas frases: «Estamos preparados; mandad órdenes!»

Se han portado bien los proletarios españoles. Han salido a la calle frente al aprendizaje de dictador; han respaldado a los elementos monárquicos. En suma: han consolidado la República en una manifestación nacional contra la intentona monárquica. Y, sin embargo, no se habló de los trabajadores. ¡Cuántos hay que han jugado su vida, que juegan su vida y la tranquilidad de su hogar en defensa del régimen constituido, sin esperar ni ansiar prebendas ni sinecuros!

Los trabajadores españoles han dado una vez más la sensación de que la República es algo suyo, íntimamente suyo. Que sin ellos no habría nada en España. Ni aun República. Tenemos derecho, pues, a algo. No pasaremos la factura de los servicios prestados. No. Queremos únicamente justicia a secas. Para todos sin distinción. Que caiga el peso de la justicia sobre los que lo merecen. Sin atenuantes de ninguna clase. Y verá el Gobierno cómo haciendo justicia estricta cuenta en todo momento con el concurso leal y desinteresado de las masas proletarias, que se pondrán en pie en el momento que vean amenazada la República. El país quiere sanciones contra los elementos monárquicos. Precisan un escarmiento, es cierto. Que el Gobierno, que las Cortes, representantes ambos del pueblo, recojan sus aspiraciones y las plasmen en la realidad. Con ello se dará satisfacción a los ciudadanos españoles.

Isidro R. MENDIETA

Ante el Congreso de la Unión General de Trabajadores

Ya está señalada la fecha en que habrá de celebrarse el XVII Congreso de la Unión General de Trabajadores de España.

La democracia española, el pueblo obrero y campesino de nuestro país, ya ponen sus miradas en la fecha del 14 de octubre del año actual, día en que han de comenzar las deliberaciones del congreso social más extraordinario que registran los anales de la historia del proletariado ibérico.

No son sólo los afiliados a la Unión General de Trabajadores los que han de seguir las deliberaciones del Congreso, sino que también las multitudes aún desorganizadas han de enfocar sus miradas hacia nosotros para deducir cómo se resuelven los múltiples problemas que tiene planteados la clase trabajadora de nuestro país.

La constitución de la Unión General de Trabajadores de España data del año 1888, allá por el mes de agosto. Un primer intento infortunado se hizo en 1882 para agrupar en una Central a las organizaciones obreras existentes en nuestro país en aquella fecha, marcadas por un individualismo que imposibilitaba toda acción de conjunto.

Unos años después, en 1887, las organizaciones obreras de Mataró se dirigieron a las de Barcelona, sugiriendo la idea de convocar un nuevo Congreso al año siguiente en dicha capital, aprovechando la idea de la celebración de una exposición.

Acogida como se merecía la idea, estuvo a punto de naufragar, gracias a la actitud divisionista de los elementos anarquistas, naufragio que se evitó precisamente porque la idea de los obreros de Mataró respondía a una necesidad que se dejaba sentir en los medios proletarios; celebrándose el Congreso, como antes decimos, en agosto de 1888, y quedando constituido el organismo que años después había de ser el de más solvencia, el de más fuerza, el más vital y consciente de los organismos y partidos políticos de nuestro país.

Después, la Unión General fué poco a poco, pero con paso firme, aumentando sus efectivos de una manera constante, sobre dos épocas en que se registró en sus filas un ligero descenso.

Una que va de 1908 a 1910 y otra de 1916 a 1918. En la primera se registran numerosas huelgas, con las cuales se afirma la personalidad del movimiento obrero en nuestro país; pero la obra represiva de los Gobiernos de la monarquía debilitó a las organizaciones de la Unión General de Trabajadores. Mas a partir de 1910 vuelve a crecer de manera continua el contingente de afiliados, hasta 1916, no obstante constituirse en Barcelona la Confederación Nacional del Trabajo.

En 1910 había en la Unión General de Trabajadores 40.984 afiliados; en 1911, 77.746; en 1912 son ya 128.914; en 1913 llegamos a 147.729. Y al estallar la guerra europea cerramos el año 1914 con 119.144, y en los comienzos de 1917, cuando España comienza a vivir una etapa revolucionaria, el número de afiliados es de 99.520.

La represión por la huelga general

de agosto de ese mismo año pesó excesivamente sobre las organizaciones, descendiendo los afiliados en 1918 a 89.601.

Después de estas fechas, la Unión General fué avanzando por los senderos de la conquista del proletariado. Y llegamos al año 1932, en el que nuestro organismo nacional cuenta con 1.045.784 componentes.

Un millón de afiliados se dice muy pronto. Pero cobijar en la Unión General un millón de seres humanos que ansían su redención social es una obra sólo de gigante, únicamente realizada por los hombres de temple que nunca le faltaron a nuestro organismo nacional en las Comisiones ejecutivas que fueron sustituyéndose.

Llegamos, pues, al XVII Congreso con la enorme responsabilidad de tener en las filas del organismo central a un millón y pico de compañeros que, sin duda, acudirán para que cuanto antes sus males tengan remedio.

Y llegamos también a este congreso nacional cuando nuestro país atraviesa por un período histórico revolucionario sobre el cual no vale discutir, sino marcar las orientaciones constructivas que hagan posible ir realizando en nuestro país la labor socializante que poco a poco vaya abriendo las puertas del logro de nuestros ideales.

No sabemos qué opiniones habrán de sustentarse en el XVII Congreso de la Unión General de Trabajadores de España sobre pactos establecidos y participación ministerial. Pero sean ellos los que fueren, para el mediano entendedor de cuestiones políticas y sindicales no se le escapará un detalle interesantísimo, sobre el cual parte la política española y el engrandecimiento de nuestra solvencia.

El detalle es el siguiente: Tenemos una República democrática gracias a la conjunción de las fuerzas antidinásticas. La base sólida de esta República la integra la Unión General de Trabajadores de España, sin la cual no sería posible instaurar en nuestro país la República.

El pacto, pues, entre socialistas y republicanos fué un acierto. Quien lo contrario crea vive totalmente equivocado.

¿Es acierto seguir dicha conjunción y participar del Poder?

Allá los elementos dirigentes con la respuesta. Pero si la opinión de los soldados es válida, nosotros afirmamos que sólo una conjunción espiritual y material estrecha de la democracia española podrá hacer posible la supervivencia de la democrática República, dándole cada vez más un franco contenido social.

La Unión General, pues, no puede ni debe desentenderse de la República. El Partido Socialista no puede ni debe desentenderse de la participación.

¿Que no acertamos? Lo lamentaríamos. En último término, el XVII Congreso de la Unión General dirá lo que deba decir, y al cual todos nos sometemos.

La revolución está en marcha. Solamente hace falta que la sepamos aprovechar...

A. GARCIA ATADELL

De un periódico madrileño:

"PARIS, 22 (11 n.).—El periódico "Az Est", de Czernovitch, dice que la Policía ha descubierto en esta ciudad una importante organización comunista que recluta sus miembros entre los estudiantes de un gimnasio. Tenía a su cabeza a la señorita Elena Hüber, hija de un fabricante de Czernovitch, varias veces millonario.

La Sociedad comunista tenía imprenta propia, donde se editaban muchos folletos y proclamas haciendo llamamientos a los estudiantes para abrazar la fe comunista.

En la organización están comprometidos estudiantes de los dos sexos, pertenecientes a familias de la mejor sociedad de la población."

Después de esto todavía habrá quien vitoree a la III Internacional...

Un pacifista francés

El Sr. Del Campo, vicepresidente de la Diputación, prometió en la sesión extraordinaria del Ayuntamiento, celebrada hace unos días, hacer entrega de una relación de nombres de personas que se han destacado durante el movimiento sedicioso en la defensa de la República.

El Sr. Del Campo adelantó varios nombres; pero olvidó el de la persona que, a mi modesto entender, más ha contribuido en la mañana del día 10 a la creación del Comité de Salud pública. Me refiero a aquel a quien el periodista Mario Aguilar, director de *La Noche* y *El Gráfico*, de Barcelona, llamaba «Un hombre»; a quien Insúa calificaba de «Caballero vestido de blanco»; al que Zozaya apellidaba «El cruzado de la paz»; «Pedro L'Ermite de la Contraguerra»; M. Henri Oger, administrador de los servicios civiles de la Indochina francesa, jubilado, el creador, el animador del plan que se llama ley Azorin, Lerroux, Ossorio y Gallardo y Nicolau D'Oliwer.

No sólo M. Oger ha dado la idea del Comité de Salud pública, sino que desde antes de las doce de la mañana del día 10 ha fijado el plan de acción con una precisión, con una sagacidad asombrosas..., y ha asumido los peligros con una bravura glacial.

El *Noticiero Sevillano* escribía el día 13: «Tenemos especial interés en hacer resaltar estos rasgos de obreros modestos que se arrojaron en defensa de la República en los primeros momentos de la sedición, cuando no se podía saber el resultado de la aventura. Después han surgido muchos "héroes"; pero éstos carecen de mérito. Los que lo tienen, y muy subido, son los que se señalaron en los primeros instantes. A nuestro juicio, procede estudiar la forma de rendir un homenaje a todos estos abnegados defensores de la República. Nuestro aplauso incondicional a cuantos se han distinguido en dicho sentido. Y el ofrecimiento sincero, cordial, de nuestras columnas para que en ellas se expongan iniciativas conducentes a enaltecer a quienes en momentos de peligro se pusieron decididamente al lado de la República.»

Es seguro que la iniciativa de *El Noticiero Sevillano* será continuada por todos los periódicos en lo que se refiere a la persona de Henri Oger, puesto que este hombre, ciudadano del mundo, merece especialmente ser nombrado ciudadano honorario de España.

Es preciso escribir la historia — la verdadera — de la jornada del 10 de agosto.

Las mentiras más imprudentes han sido puestas en circulación, sin contar las inexactitudes debidas a... un calor excepcional.

Para confusión de los miedosos, de los falsos republicanos, de los histéricos agitados, es preciso que tenga efecto una encuesta completa, pública, discutida.

Miremos, ante todo, dos cuestiones: Primera. Los soplores de que estaba lleno el Ayuntamiento informan a Sanjurjo de que el centro de resistencia se encuentra aquí. El dictador envía primero a un capitán, después a un comandante, para que intenten una pueril maniobra de «chantaje». ¿Quiénes organizaban esta resistencia?

Segunda. El alcalde ha sido detenido con varios concejales porque se conspiraba en el Ayuntamiento. ¿Quiénes conspiraban? Aquí surge la necesidad de la encuesta que, por nuestra parte, iniciamos, deteniéndonos en la persona de Henri Oger, el iniciador del movimiento del Comité de Salud pública. Y nos permitimos pedir a todos aquellos que le han visto actuar y a los que le han oído durante esta jornada del 10 de agosto envíen su testimonio para que sirva de prueba testifical en el esclarecimiento de los hechos. Cuento para esta obra no

sólo con la deposición del Sr. Del Campo, de D. Juan María Aguilar, de D. Alfonso Lasso de la Vega, de D. Ignacio Contreras, de D. Antonio Vila, de D.

Iriarte, de D. Antonio Pérez Rodríguez, de don Manuel Cañas, de los obreros enviados por los Sindicatos, de D. Manuel Muruve Maestro Amado, sino con la de los muchos desconocidos que asistieron a esta histórica escena. Se precisan hechos claros, justos, testimonio detallado, que declaren las palabras, los gestos... Todas estas declaraciones constituirán una gran lección de civismo republicano, cuya primera cualidad será la lealtad, base de la justicia.

Para fijar las ideas adelantaré un esbozo rápido de mi testimonio. M. Oger acude al Ayuntamiento cuando está reunido el cabildo — la novedad se adelanta siempre al deseo de conocer datos precisos, documentos para la Historia: aún no se ha publicado el acta de la sesión capitular donde el alcalde dió cuenta de la situación y de su decisión de permanecer en su puesto —.

M. Oger me hace llamar y juntos confrontamos los informes que hemos podido recoger sobre la situación de la ciudad y estado del movimiento en el resto de España. Coincidimos en la necesidad de crear un Comité que sustituya a la autoridad gubernativa, de la que acabamos de recibir en el Gobierno civil una imprenta lamentable, pues a las diez de la mañana el Gobierno es una oficina propagadora del pánico. M. Oger nos expone las grandes líneas de su «demostración» para persuadirnos de que hay que crear el «Comité de Salud pública».

«No nos hagamos ilusiones. Esto es un desastre. El gobernador no reacciona, y, como las líneas telefónicas, están cortadas todas las comunicaciones entre el pueblo y el Gobierno civil. Esos señores piden a gritos que los pongan "a la sombra". En vez de romperle la cabeza al jefe rebelde, prefieren, solicitan ser detenidos, es decir, puestos fuera del peligro, lejos del dolor...»

Si ustedes quieren salvar a la República no digan: "Es preciso ver qué hace Madrid." Hay que actuar. Madrid cuenta con que Barcelona y Sevilla resistirán, así como las otras grandes ciudades. Si no todo está perdido. No permanezcan indecisos. No olviden que Robespierre perdió a la República en la noche del 8 Thermidor por discursar en vez de pegar pronto y fuerte, como aconsejaba Saint-Just... ¡Actuad! Las calles están aún libres. Dentro de unas horas será demasiado tarde: el dictador puede impedir la circulación bajo órdenes severísimas... Algunos miedosos afirman aquí que la masa no quiere reaccionar. Es falso. El pueblo busca jefes. El pueblo, en estos casos, QUIERE y DEBE ser mandado... No ofrezcan palabras, arengas, proclamas difusas a hombres que quieren REALIZAR, que reclaman, un PLAN... Dejen al alcalde cumplir con su

deber en el Ayuntamiento. Es preciso un Comité formado por muy pocas personas, tres o cuatro, que mande sobre todos. No hay autoridad en la provincia. Es un deber imperioso, cuando los jefes oficiales desfalcan, que jefes voluntarios acepten todos los riesgos..., comprendida la muerte.

El plan inmediato del "Comité de Salud pública" debe ser fijado sobre tres puntos: Primero, separar los soldados de los oficiales; segundo, organizar el terror entre los responsables, y tercero, asegurar automáticamente la ejecución sin piedad de los dirigentes que persistan en permanecer fuera de la ley.»

Redactada por mí la nota, es aceptada por el alcalde, que envía a un emisario a la tertulia. Pero el Comité, «de tres o cuatro personas a lo más», va a ser ampliado. No obstante la confusión, se procura no olvidar a ningún grupo político. Se procura no herir susceptibilidades. La sanjurjada ha movilizad cañones y ametralladoras. Si disparan a la vez todas las armas que estaban acumuladas en la Plaza Nueva, del ruido sólo no queda un soldado en pie. Mientras tanto, en el Ayuntamiento se nombran delegados para el Comité como si se tratara de preparar unas elecciones. Así se pierden varias horas. La primera nota se pierde y alguien viene a pedirnos que la redactemos de nuevo. Con nosotros está Iriarte, del partido radical socialista. Para infundir confianza a todos, M. Henri Oger comienza a dictarme, imparable, con su poderosa voz, en la sala capitular, de pie, junto al sillón presidencial en que estoy sentado. Se sentía bien en él al colonial, habituado al peligro, dispuesto a todo. Convencido de que era preciso actuar sin pérdida de tiempo, nos aconsejaba que desalojáramos el Ayuntamiento, que, una vez detenido el gobernador civil, constituya una ratonera para todos aquellos que verdaderamente quisieran Luchar.

Entre tantos héroes como han surgido es difícil repetir la confesión de un amigo nuestro: «Ha sido bien triste. Falta de experiencia en unos, falta de valor cívico en otros; hemos perdido varias horas para poner en ejecución un plan que a las doce del día hubiese producido efectos sorprendentes, que hubiesen demostrado a todos que el militar profesional debe estar al servicio de la comunidad.» En efecto, de haberse puesto en realización el plan trazado por Henri Oger a las doce del día, Sevilla «la heroica, la invencible, la leal, la fiel», como dice su escudo, hubiese dado el ejemplo saludable, único, de derribar por sí misma a los feudales del belicismo. Pero en lugar de una lección durable de justicia cívica, hemos asistido a la desbandada de unos señores con guerrera temerosos de enfrentarse con el cañón de Madrid.

Cuando se habla de valor es preciso no dar el espectáculo lamentable de ocultar con palabras sonoras nuestro pensamiento. Necesitamos decirlo: la República ha sido fundada, en gran parte, por intelectuales, de los que muchos son de la escuela de 1898, pesimistas, incrédulos, ironistas. Cuando lo que necesitamos aprender es a actuar, a no dejar las cosas para mañana, a saber contener nuestros nervios, a marchar de prisa... He aquí el saludable ejemplo que el animador del grandioso movimiento de las «tres ciudades de la contraguerra», el ex gobernador colonial M. Henri Oger, nos ha dado a muchos sevillanos el día 10 de agosto.

CONCLUSION

A su llegada a Sevilla — lo recorda: el fiscal de la República envió al juez un artículo mío, por si encontraba en él algún término injurioso para las autoridades —, Henri Oger ha sido retenido en la Comisaría diecisiete horas. Después de su conferencia en la Casa Lonja La Unión le ha dedicado casi diariamente unas líneas que han debido de hacer reír a cierta clase de gentes. El día 10 por la mañana alguien ha pretendido hacer bafa de su idea: «Franchute» Sevilla, ciudad de la Paz.

Ignoran, naturalmente, el carácter del «caballero vestido de blanco». La mañana del golpe de Estado, cuando ha visto que todos sus planes se venían por tierra con la dictadura, que su idea de hacer de España el campo de la Paz no iba a poder ser puesta en ejecución, hurao, dispuesto a morir, se ha dirigido al Ayuntamiento.

miento. Suele considerarse a los pacifistas como a gente habladora, miedosa, llorona. Los que conocen a M. Henri Oger saben que su pacifismo no reviste estos caracteres.

En 10 de agosto, los españoles que han defendido la libertad no han hecho más que cumplir con su deber. Pero Henri Oger ha dado un alto ejemplo de conciencia cívica internacional. Sabía que en el Ayuntamiento había espías, falsos republicanos que sembraban la duda y el desaliento. Sin descanso ha luchado hasta el final. Yo rogaría a todos los testigos del 10 de agosto que se impongan, como una cuestión de honor, el deber de decir por escrito que le han visto actuar.

A. FERNANDEZ BALLESTEROS

Sevilla.

Libertad individual

Entre los furibundos enemigos del Socialismo — considerando en grupo aparte a los aún más furibundos enemigos de los socialistas — hallamos muy a menudo contradictores de calidad intelectual tan mezquina y chabacana como aquellos que, al enjuiciar las teorías situándose en un punto de vista plenamente burgués, preguntan, llenos de santo amor a la Humanidad, cómo se resolverán en el futuro sistema problemas que han de ser planteados por la evolución histórica. No vamos a soslayar el examen de algunos de ellos, que, considerados «a priori» por quienes nos combaten, han llegado a adquirir categoría de conflictos.

Y a este propósito, encontramos que por sus extraordinarias dimensiones, es digno de una ferviente atención el problema de la libertad individual, y a él nos vamos a dedicar en el presente trabajo.

Los que al hablar de la libertad del individuo en el estado actual de cosas crean que hemos llegado a conquistar el plano en que se halla la redención definitiva, colocan la base de sus razonamientos en un lugar que responde a la estrategia de sus convicciones, pero muy alejado del punto de partida del Socialismo. No podemos negar que la democracia burguesa se ha desprendido de muchos privilegios de que antes gozaba. ¿Causas? El desarrollo del maquinismo crea la necesidad de prescindir de la mano de obra, y esto es causa de las crisis de subconsumo más o menos intensas, que se registran periódicamente desde hace poco más de un siglo. Estas crisis actúan en el espíritu de las masas, que, antes disgregadas, se unen en grupos compactos, aproximándose al fin unos a otros para crear el organismo internacional, portavoz de los ideales universales de emancipación. ¿Podrá alguien dudar de los resultados que esta acción conjunta produce en el ánimo del mundo burgués? El peligro no se escapa a sus ojos, y ante la amenaza cede en sus derechos y crea con la transigencia de los explotados eso que se llama democracia, que está considerado como el estadio ideal de los pueblos modernos y que para nosotros es solamente un puente que nos pone en comunicación con el estadio por nosotros anhelado.

La «libertad individual» no puede ser posible sin la reivindicación económica. Hay que repetirlo muchas veces para que tome forma en la conciencia de quien aspire a ver la realidad. En efecto: quien haya vislumbrado diáfano el que es, lo que significa en todo el conjunto universal ese concepto de la «libertad individual», no puede pretender afirmarse que sea libre el hombre que, con plena libertad en el punto medio entre la vida y la muerte, haya de optar por lo primero en lucha tan desigual como la que tiene que sostener con las circunstancias accidentales que le opone la organización capitalista. El hombre que trabaja sin afán de redimirse, impulsado solamente por la amargura de poner fin a un día tras otro — como ha dicho algún teórico del Socialismo —, colocado al azar entre la necesidad pasiva de vivir y la pasiva fatalidad de morir, ese hombre más que ser racional parece un autómatas. Su voluntad permanece anulada porque los efectos que produce son negativos. A estos argumentos nadie podrá oponer aquel que se refiere al seguro contra el paro forzoso, porque bien claramente se están viendo sus resultados en las naciones donde se ha legislado en este sentido. Como resultado de una serie de medidas encaminadas a terminar con la desesperación de varios millones de personas que sufren los latigazos de la miseria, se ve en la riqueza de aquellas naciones un decaimiento que a medida que avanza adquiere las proporciones de una verdadera ruina. Por eso todas las conquistas que hagamos por vía democrática solamente tienen un valor: el de evitar los trastornos que produciría una transformación violenta, preparando el ambiente con la educación de las masas. Cuando esto se haya conseguido habrá madurado plenamente la posibilidad del cambio, y entonces será el momento de sustituir las instituciones y organismos que hayan sufrido el natural desgaste. Y aparecerá el sistema nuevo para garantizar el bien.

(Sigue en la pág. 4.)

LIBROS

La mujer en la política republicana, por Manuel Marcos Estrada.

Ante nosotros, en nuestra mesa de trabajo, tenemos un libro pequeño de tamaño; más que libro, un folleto. Vemos el nombre del autor: un compañero asturiano. Y esto sólo, a más de la sugestión del tema, nos mueve a leerlo. Con avidez y expectación mal contenidas. ¡Se ha dicho y escrito tanto sobre la mujer y su reivindicación! Pero por eso precisamente nos interesa leer este librito, toda vez que su autor, hombre trabajador,



Marcos Estrada.

militante de organismos que propagan una sociedad nueva, examinará el caso desde un punto de vista por completo diferente al de otros autores burgueses.

Marcos Estrada se nos muestra en su libro como un gran feminista en todos los aspectos. Sus teorías sobre la legitimidad de los hijos, el matrimonio y el divorcio son perfectamente socialistas. De aquí que aplaudamos,

sin reserva alguna, la obra del compañero Marcos Estrada, que constituye toda ella una hoja vibrante, encaminada a enervar el espíritu de la mujer, desechando de ella criterios absurdos y prejuicios ancestrales. Se trata de hacer un nuevo tipo de mujer. Con sensibilidad propia, conservando el eterno femenino; pero con ideas nuevas que le permitan ocupar el puesto de lucha que le corresponde en las circunstancias actuales.

Ha conseguido la mujer muchas reivindicaciones de gran interés. Reivindicaciones, por otra parte, que se teme por alguien que no sean bien aprovechadas. Se impone, por lo tanto, una labor de divulgación, de capacitación de la mujer. A ello está encaminado principalmente el libro del amigo Estrada.

Examina el autor en su libro cuatro aspectos de la actividad feminista dentro de la República: contra la barbarie guerrera, la legitimidad de los hijos, el divorcio y el sufragio activo y pasivo. Cuatro aspectos a cual más interesantes, que Marcos Estrada aborda con decisión y entusiasmo, realizando una labor importantísima de función social.

Aplaudimos la obra del camarada asturiano, en la seguridad de que con ella aportará un granito de arena al acervo común en beneficio de la reivindicación moral y material de la mujer.

I. RZ.

A NUESTROS COLABORADORES

Advertimos a quienes nos remitan artículos o noticias que los dirijan a "Arranza, 20, a nombre del camarada Santiago Carrillo, si quieren verlos publicados.



Otro grupo de los jóvenes socialistas que fueron a Valencia.

En pie contra la reacción

Congreso agrario

En el número de RENOVACION en que se dedica una página a los trabajadores de la tierra se comentaba por el camarada Francisco Redondo la importancia que ha de tener el Congreso que la Federación de Trabajadores de la Tierra ha de comenzar el día 18 del próximo septiembre, fecha designada por la Comisión ejecutiva de esta Federación para la inauguración de las tareas de este importante comicio.

Si tenemos en cuenta el número de Secciones y afiliados que en la Memoria de este organismo se dan a la publicidad entre el resumen de sus actividades sindicales, es lo suficiente para percatarse del interés del mismo.

Un total de 2.541 Secciones con 392.953 federados es bastante elocuente para juzgar de la importancia de esta asamblea, que crece más si nos percatamos de que se trata del primer Congreso que celebra esta Federación desde su organización, en abril del año 1930, y que no se ha reunido, como es lógico, desde la proclamación de la República.

Esto es de gran importancia, y podemos esperar que en las deliberaciones del Congreso se exprese con toda claridad el verdadero sentir republicano de quienes lucharon por la proclamación de este régimen y todavía no han sido ni siquiera liberados del terrible cacique, sanguijuela nefasta para el régimen, a quien es preciso, por la defensa de éste, exterminar con toda energía y rapidez.

Se tratarán en el Congreso temas de cuantas materias interesan a la vida del obrero agricultor desde la legislación social hasta la clave de la gran esperanza que se les ofreció en algún día, la reforma agraria.

Grandes modificaciones se introducen en los estatutos, pues se desea que, a partir del Congreso, pueda este organismo responder, conforme sus necesidades lo exigen, a toda la formidable organización que en él milita.

La importancia de esta magna asamblea queda suficientemente resaltada para que todos los jóvenes socialistas se preparen a seguir con la debida atención sus deliberaciones y estudiar sus conclusiones.

Es preciso que todos nos intereseamos por la marcha de la organización del trabajador agrícola, ya que es la clave de nuestra futura marcha hacia el ideal.

En artículos que publicaremos al final de sus tareas comentaremos, aun cuando sea ligeramente, los acuerdos recaídos.

Creemos que bien merece la pena ocupar espacio en nuestro periódico cuando de materias de tan vital interés para la organización se trata. Por esto cesamos hoy, para emprender la tarea de los comentarios cuando pase la fecha indicada de la terminación de las tareas de este Congreso.

Julio PINTADO

La diplomacia

La depuración del cuerpo diplomático de España en Hispanoamérica debe ser objeto de una tesonera propaganda de nuestro Partido y Juventudes, para empezar a dignificar la España oficial ante nuestros hermanos de América. ¿Será posible que en la República perduren aún los viejos procedimientos de la monarquía? Que el cónsul de España, pongamos por caso, si es que lo hay, se emborrachó en la vía pública, ¿será suficiente para que el tal cónsul sea enviado a Buenos Aires, Bogotá o Quito? ¿Será posible que un hombre de tan fina sensibilidad para todo lo hispánico como el señor Zulueta consienta que, en líneas generales, nuestra diplomacia en América sea la hez de la diplomacia española? Es verdad que tenemos allí a Alvarez del Vayo, González Arnao, Ricardo Baeza, Alfonso Danvila; pero eso no es nada o es bien poco en relación al volumen de nuestra diplomacia en América. ¿Tan poco vale Hispanoamérica para la República española? Para empezar se debía prescindir de los diplomáticos llamados de carrera. Hombres nuevos formados al calor de las nuevas inquietudes, con menos protocolo y con mayor concepción del valor ecuménico de la cultura hispánica, y no momias burocráticas, sapos hinchados e invertidos, que tan bien pintara Valle Inclán en su *Tirano Banderas*: «El barón de Benicarlés, el de los ojos huevones.»

Sin pasión, sin rencores, sin odios que están muy lejos de nuestro sentir, trazamos estas líneas de compasión para los vencidos y de firmeza en nuestra posición. Corren rumores alarmantes por el país que prevén posibles sediciones como respuesta a la sentencia de los Tribunales y en venganza contra la acción de la justicia. Respeto y compasión para los vencidos, que no excluye el cumplimiento inexorable de la ley contra todo y contra todos. Lo que sea, pero sin ensañamientos. Y firmeza, absoluta firmeza, decisión inquebrantable en la defensa de nuestras convicciones, de nuestras prerrogativas, que no podemos dejar que nos arrebatan. Sin jactancia, pero con firmeza, los jóvenes socialistas debemos mantenernos frente a toda intencional reaccionaria. Ahí ver nuestra consigna. En cualquier población donde surja un intento reaccionario, los jóvenes socialistas han de tener armas de lucha de todo lo que esté a sus manos: picos, palas, etc. Todo por la libertad. Que sepan esos tartufos del monarquismo que si algún día hay dictadura no será negra, será la dictadura del proletariado socialista.

DE ECONOMÍA

NECESIDAD

Antes de entrar a definir lo que por «necesidad» se entiende, queremos dejar bien sentado el influjo que dicha necesidad, aun no definida, ejerce en el desarrollo de la vida económica.

Todo sér, para subsistir, lo mismo si es de la escala animal, que de la mineral, que de la vegetal, «necesita» algo sin lo cual esa su vida no podría desarrollarse.

El cristal, como se estudia en Cristalografía, necesita de unas ciertas condiciones de reposo, temperatura, etcétera, para que sus moléculas se coloquen de forma que adopten la configuración monoclinica, triclínica, rómbica, etc., en que se nos presentan en la Naturaleza. El pez «necesita» de sus branquias para mediante ellas absorber oxígeno del agua que le rodea y no tener que, para vivir, permanecer siempre en la superficie. Cualquier otro individuo de la escala animal «necesita» también de ciertas condiciones de tipo ambiental para, al desarrollarse en el medio que le es más propicio a su fin, conseguir aquello que, como alimentos, temperatura, disposición del terreno, etc., constituyen las necesidades para su existencia. Hasta aquí, con estas ligeras ideas de lo que todos, de una manera instintiva, entendemos por necesidad.

Para el profesor C. J. Fuchs es la necesidad la sensación de una falta asociada al deseo de hacerla desaparecer. Sin el menor temor podemos suscribir este concepto del célebre economista alemán. El motor de toda actividad económica es una serie ininterrumpida de «necesidades». El hombre, sin ir más lejos, necesita para vivir, desarrollarse y cumplir sus fines en la tierra de ciertos elementos, substancias y condiciones ambientales, sin las cuales, difícilmente podría subsistir. La «necesidad» de un bien determinado, alimento, vestido, etcétera, hace nacer en el hombre el «deseo» de poseerlo, y cuando este deseo claro y determinado de poseer una cosa nace, empieza el hombre a desarrollar un «esfuerzo» para poseer dicho bien, que él sabe ha de proporcionarle una satisfacción. No debemos confundir la «necesidad» con el «deseo». Es la primera algo de tipo puramente fisiológico. El hombre siente la necesidad de algo (que él aún desconoce) que falta a su organismo. Pero el deseo no nace hasta que el hombre no descubre qué es aquello, que, una vez conocido, «desea» su posesión.

Entrando, pues, de lleno en el estudio de la necesidad, y después de dejar bien sentado que toda la vida humana reposa en la satisfacción de «necesidades», nos pronunciamos por la siguiente premisa: *A mayor desarrollo material y espiritual, mayores necesidades.* Premisa ésta que consideramos poca explicación necesita. Cojamos al hombre y coloquémoslo en un medio pobre, material y espiritualmente considerado. El hombre de nuestro ejemplo, por el bajo nivel cultural en que se halla, por la pobreza material del medio que le rodea, satisfechas sus pocas necesidades, será feliz; un hombre en estas condiciones, para nada necesita libros, revistas, etc. Sus elucubraciones espirituales no existen o son muy limitadas. Lo mismo podemos decir de los espectáculos, confort, etc., necesidades.

La intencional monárquica ha quedado liquidada ya. La República va salvando uno a uno los escollos que interceptan su paso, dando fin de ellos con prontitud. No sucede esto únicamente por la fortaleza del poder civil, sino por la incapacidad de los residuos contrarrevolucionarios. Aún no está convenientemente afincado ese poder civil, y es preciso que lo hagamos todos. Los jóvenes socialistas sobre todo. Tenemos que edificar un poder civil sólido, que sepa inmunizar al régimen democrático de las embestidas militaristas. A esa labor nos hallamos entregados. Pero convenirá que no nos dejemos arrastrar por movimientos puramente democráticos, de esencia burguesa, que al fin y a la postre no han de satisfacerlos plenamente. Tenemos el temor de que haya en nuestras filas quien al gritar «¡Viva la República!» no comprenda el alcance de ese grito. Los socialistas sostenemos hoy la República porque es un adelanto y perderla significaría una derrota. Pero sin perder de vista nuestros objetivos. Esos vitores no pueden dedicarse a la República, así en abstracto, sino a la República socialista. Vamos contra la reacción, pero con el alma puesta en la revolución social.

¡Viva la revolución social!

sidades todas éstas que él «no desea», puesto que «no conoce». A este mismo hombre hagámosle nacer en una gran ciudad industrial, en donde el nivel material y espiritual sea muy elevado. Este hombre que encuentra medios para instruirse que no se hallaban en el pobre medio a que anteriormente nos referimos, adquiere una instrucción; por lo tanto, siente la «necesidad» de leer; «necesidad» que pronto se convierte en el «deseo» de satisfacerla, pues ya él conoce por su instrucción lo que es la lectura. Igual que de esta necesidad podríamos hablar de otras muchas. Si esta marcha ascendente en las necesidades del

En primer lugar, las necesidades en el hombre son «ilimitadas» en su número. Este es el carácter distintivo entre el hombre y el animal.

Ocurre en la Humanidad con sus necesidades lo que con las del hombre. Al principio, cuando éste es niño, son pocas: leche, abrigo que le preserve de las inclemencias del tiempo. Va creciendo y van creciendo también sus necesidades. El niño se hace hombre, y sus necesidades se hacen de una mayor complejidad. Esto que para el hombre, decimos, ocurre, se presenta igualmente en la Humanidad. A medida que el nivel cultural y material va elevándose empezará a

cantidad determinada de él hay suficiente para lograr la plena satisfacción de dicha necesidad. En la satisfacción de una necesidad se plantea un problema interesantísimo, cuya reseña, aunque muy ligera, no quiero dejar pasar. Me refiero a la disminución *en intensidad* del deseo de satisfacer una necesidad a medida que ésta va siendo satisfecha. Un ejemplo ha de aclarar suficientemente esto: un hombre que padece hambre siente la «necesidad» de comer; a medida que nuestro hombre va injiriendo alimentos, en otras palabras, va satisfaciendo el deseo de aquella necesidad, ésta disminuye en intensidad. Una de las necesidades más imperiosas en el hombre es beber agua; satisfecha esta necesidad, aquel deseo obsesante, al ser colmado hasta la saciedad, nos produce un cierto dolor (si es que por obligación hubiéramos de seguir bebiendo más agua).

La «concurencia» de las necesidades es otro de los caracteres que distinguen a éstas. Es lo corriente en la mayoría de los casos que una necesidad no puede ser satisfecha si no es con perjuicio para otras necesidades. Ante la lluvia el hombre siente la necesidad de estar en un local cerrado; pero sólo y ya una vez dentro de él es cuando nace otra necesidad «concurrente», por ejemplo, la de tomar café. La concurrencia de las necesidades nos lleva como de la mano al problema de la «ley de las sustituciones». Una necesidad sentida por el hombre puede no poder ser satisfecha; en el momento que el hombre descubre un sustituto para satisfacerla, el logro de éste empieza a constituir para él un deseo o, si queremos, una «necesidad». Desde un punto de vista higiénico tiene gran importancia esta ley. Es una buena táctica, por ejemplo, para combatir el alcoholismo obtener un producto de condiciones parecidas (aunque no de sus pésimos efectos) y procurar que en el consumidor se despierte la necesidad de él. Son también «complementarias» las necesidades; es decir, el deseo no se satisface con alguna de ellas individualmente. Un ejemplo: sentimos deseos por un automóvil; llegamos a poseerlo y entonces surge la necesidad de tener gasolina. ¿De qué nos sirve la satisfacción de la primera necesidad si no podemos ver satisfecha la segunda? En este caso, como en otros muchos de la vida ordinaria, encontramos plenamente confirmado nuestro aserto: la mayoría de las necesidades son complemento de otras, de tal manera que sólo la satisfacción del grupo de ellas que, como hemos dicho, son «concurrentes y complementarias» puede proporcionarnos un placer.

M. C. LL.



Libertad individual

(Continuación de la plana 3.ª)

estar económico y como consecuencia el bienestar social.

Dicen los que nos combaten que entonces se adueñará del rumbo de los acontecimientos el criterio «dictatorial» y «abárbaro» de la masa. Y que esto anulará la libre iniciativa.

Quienes sólo miran la superficie ven únicamente la mancha que en ella proyecta su sombra. ¿Niega el perfecto Estado democrático burgués la libre emisión de las ideas? No; las inutiliza en cuanto puede, válido del poder económico. Pues igualmente —a no ser que una aberración de la Naturaleza humana cambiase el curso de los acontecimientos, como pretende inútilmente el fascismo— pasará en el Estado socialista, con la variante de que, garantizado el bienestar económico sobre la base de una sumisión completa de la máquina al hombre, éste no tendrá sobre su vida la zozobra del mañana. El criterio democrático que hoy rige los Estados modernos presenta en perjuicio de la democracia un desnivel enorme entre los de arriba y los de abajo, que se traduce en malestar social. El criterio democrático que seguirá nuestro estado colectivista será la resultante de todas las opiniones aisladas de los individuos que constituyen la Humanidad. Para resumir: hoy la libertad está controlada por el factor Dinero; mañana la libertad será sometida al control de la Intelligencia.

Podemos asegurar que eso que se llama por ahí el «instinto político de los pueblos» está muy poco desarrollado. Cuando el individuo se dé cuenta de su valor social, de su importancia en la realización de los actos humanos, entonces podrá decirse que ha llegado a alcanzar el grado de educación política que necesita. Por eso hoy no se puede afirmar que políticamente el hombre es libre. Solamente lo será cuando sepa qué quiere y cómo ha de encaminarse al logro de sus deseos. Lo otro es irracionalidad. El hombre que en el Estado burgués siente en su alma la tiranía grosera del dinero no puede ver la realidad del momento. Es un esclavo del oro que atrofia su inteligencia y le presenta una visión falsa. Esto no sucederá en el Estado socialista, que dará una educación social por completo separada de la idea «dinero», que traerá como consecuencia una elevación altruista del sentido moral y una más vasta concepción de los fines del hombre.

Se insinúa también—y a este respecto suele ser citado el caso de Rusia, como si lo que allí se ha hecho fuese la imagen de nuestro sistema—que aparecerá un nuevo tipo de tiranía personificada en la burocracia de los Sindicatos. En primer lugar, la educación política de las masas futuras hará imposible que esto suceda. Y por otra parte, me parece peregrino que para combatirnos se exhiban con tanta obcecación argumentos que tienen su más viva personificación en el actual estado de cosas. Porque es hoy, ¡hoy!, precisamente cuando con más vigor se acusa la feroz tiranía burocrática. Una tiranía que nadie fiscaliza porque su institución nace de la voluntad omnímoda de un pequeño grupo de banqueros o negociantes que para nada se preocupan de la opinión pública. Una tiranía situada por encima del pueblo. Y esto no será la burocracia del Estado socialista, porque entonces cada funcionario cumplirá una función social y será la sociedad la que controle su actuación.

Quien diga que en un mundo así no será posible la libertad individual, la verdadera democracia social, integral, es indigno de merecer la consideración que suele prestarse a la cultura. Nosotros, que laboramos por ese día futuro que, ¡ay!, no tendremos la dicha de vivir, creemos firmemente que sólo entonces se realizará el sueño que desde la infancia del mundo algunos hombres comprensivos y bondadosos vieron al alcance de su alma deslizarse por las cumbres azuladas de su inteligencia.

José MARTINEZ

Cáceres.



GRÁFICA SOCIALISTA
SAN BERNARDO, 92

¡VIVA LA REVOLUCION SOCIAL!